



El pasadizo secreto

Santiago de Compostela

Avenida Rosalia de Castro

dibujo a lápiz de R. Gustavo Losa Duarte

INTRODUCCIÓN

¡Señor!... ¡Señor!... ¿Me estrena el peto?

Cuando se acercaba la época de la Pascua, los chavales salían a las calles de Compostela con una hucha en las manos... ¡a pedir!

* * *

Los años de la posguerra civil española habían sido tan duros o más que los tres de la guerra civil misma. El año 1941 era recordado como “el año del hambre”, no obstante los años que le siguieron no fueron mucho mejores. Toda la década fue de una casi hambruna, también destacó tristemente por la persecución política, los revanchismos, los equívocos, la incertidumbre y las injusticias.

A comienzos de la década siguiente, como consecuencia del incipiente desbloqueo general paulatino por parte de algunos países, las industrias comenzaban a reactivarse muy lentamente, lo mismo que el comercio, pero persistía aún la depresión y el desánimo general en toda la población española. La presión militar y policial había comenzado a atenuarse, también decrecía de forma notoria la persecución política, algunos refugiados ya no eran requeridos por el mando militar, sin embargo la gente actuaba aún con mucha reserva y cautela, por temor y precaución. La memoria y las heridas del alma aún estaban muy frescas.

Comenzaba la época en que el fin de la etapa de la posguerra estaba muy próximo, pero el pueblo no lo percibía aún, por lo tanto el recelo seguía actuando como una nube espesa. Los más precavidos, que eran la gran mayoría, por no decir todos, hacían un culto del secreto y la discreción, por imperiosa necesidad. Ni siquiera entre amigos se ventilaban ciertos asuntos delicados. Por necesidad también, la oleada migratoria hacia América habría de continuar casi por otra década más, con la misma intensidad que los años anteriores.

La inocencia propia de la infancia y adolescencia actuaba como una barrera de protección. Los más pequeños eran los que soportaban mejor las penurias de una época oscura llena de carencias a las cuales estaban tan acostumbrados... Es que ese era el único mundo que conocían. Los juegos, las travesuras y diversiones eran los cómplices perfectos que en cierto modo los protegía y no les dejaba apreciar la dureza de un mundo real, muy cruel por momentos, que se desarrollaba en su entorno. El cerrado arcano de los mayores contribuía también a esa necesaria "protección". Mientras les duraba esa inocencia, ellos, los niños, los adolescentes, en fin, los más jóvenes, vivían en su mundo, aunque por diversas circunstancias, algunos de ellos se veían súbitamente obligados a convertirse en hombres antes de tiempo.

EL PETO

Una alcancía de barro que podía tener diversas formas, la más común, la de un botijo para el agua, pasaba a ocupar un lugar protagónico en una época del año. Su tamaño era variable, tanto podía ser como una naranja o como un melón, con una ranura en la parte superior, hacia un costado, por donde se echaban las monedas, o los billetes... muy rara vez. Los niños y adolescentes pedían en los barrios, pero en su calle, no en "el pueblo", en el centro. Los del barrio del Camino Nuevo no pasaban de la Acera Ancha, el límite era la iglesia del Pilar, algunas decenas de metros más adelante, en la Puerta Fajera, ya comenzaba el casco histórico, el comienzo del "pueblo" para los que vivían hacia el lado del sur de la ciudad. Algunos pocos chavales se iban eufóricos hacia otros lugares bordeando el pueblo pero no se atrevían a entrar en el centro, para evitar ser reprendidos por los guardias. Mientras, como tantos otros, Alfonso no podía con su timidez y solo le pedía a algún que otro amigo de su padre que acertaba a pasar por la Acera Ancha y que con algo de suerte le podía poner una perra o un patacón en el peto. Mamá Sofía, su abuela, siempre atenta, para que la hucha de su nieto no estuviera como casi siempre, medio vacía, de vez en cuando le ponía una o dos monedas de un real. La forma de sacar después esas monedas era rompiendo la hucha de barro que costaba dos o tres reales, según el tamaño. También con algo de habilidad

y mucha paciencia se podían ir sacando las monedas, una a una, con cierta inclinación del peto, ayudándose con pinzas pequeñas como las de relojería o con alambres finos. Si había algún billete era prácticamente imposible sacarlo sin romper.

La alcancía del año pasado, que Alfonso guardaba detrás de una piedra, en un rincón del patio de su casa, tenía unas cuantas monedas. A veces su madre le preguntaba por el peto, pues a menudo tenía necesidad de dinero para la compra de grelos, habas y patatas para hacer el caldo, además de tener la “manía” de estar siempre juntando algo de dinero para después comprar otras cosas que hacían falta en la casa, pero él siempre le decía que el peto tenía muy poco, que no valía la pena romperlo, evitando descubrir su escondite, aunque si su madre se lo hubiese propuesto lo habría encontrado de todas formas.

LA PELOTA

Cansados de tanto jugar al fútbol con pelotas de trapo, o bien alguna de goma, pequeña, que ocasionalmente alguno de la pandilla pudiera conseguir, Alfonso, Ramiro y los demás amigos del barrio, habían decidido ya desde el año anterior juntar dinero para comprar una pelota grande, de goma, casi del tamaño de las que usaban los equipos de fútbol, que habían visto en el escaparate de un bazar de la Rúa del Preguntoiro y costaba, nada menos que ¡cuarenta y seis pesetas!... ¡toda una pequeña fortuna! Pasada la Pascua, todos los chavales de la pandilla juntaron los ahorros que tenían para comprar aquella pelota, pero su capital solo llegaba a la mitad del dinero que necesitaban. Ramiro juntó tres pesetas y un real, Alfonso sacó dos pesetas y setenta y cinco céntimos de su peto, los demás sacaron algo menos que eso. La solución que veían era comprar una pelota más pequeña o bien juntar más dinero. Al fin, después de mucho discutir, se decidieron por esta última opción, así que... ¡a inventar! Todos y cada uno deberían pensar en algo a fin de encontrar una solución para ver cómo podían juntar el dinero que les faltaba.

A Ramiro se le ocurrió la idea de poner un bar en algún lugar del barrio y vender vasitos de la bebida que consiguieran, a patacón o a real el vaso, según la bebida. Todo sería ganancia pues la bebida la pedirían a los mayores, cada uno en su casa, o en la casa de tíos o abuelos. Así que, una vez que estuvieron de acuerdo, se

pusieron “manos a la obra”. El surtido que consiguieron fue muy variado, algo de aguardiente, varias botellas de vino, una de anís... Alfonso tuvo suerte porque, aunque en su casa no había nada, Mamá Sofía le dio una botella de jerez y dos de vino dulce que tenía guardadas en su armario, también le prestó vasos y servilletas. La idea era despachar el siguiente sábado por la tarde y el domingo por la mañana, después de la misa de las nueve. Cada uno llevaría, además de las bebidas, todos los implementos que pudiera juntar. Tomás llevó una mesita, Aurelio un banco, otros llevaron vasitos para el aguardiente y servilletas y, previa campaña publicitaria que consistió en poner en conocimiento del proyecto a todo el barrio durante la semana, el sábado por la tarde empezaron con la venta de bebidas.

El lugar ideal que encontraron para instalarse estaba próximo al viejo molino, convertido con el tiempo en una caseta rodeada de cierto misterio, que siempre estaba cerrada, al lado del pequeño puente de madera que atravesaba el regato, al cual denominaban río, ni más ni menos, y que escasamente alcanzaba a tener un metro de ancho y dos palmos de profundidad, en su momento de mayor caudal. Ese riachuelo circulaba mansamente por la parte baja de la Rapa da Folla, la calle cubierta de hierba en su mayor parte, “la calle verde”, donde comenzaban las leiras de Ramírez, un conjunto de fincas y huertas, precisamente en lo que, después de las obras del ensanche de la ciudad, que se realizarían años después, se conocería como Plaza Roja, Praza Roxa en el lenguaje popular. Aunque ese regato era de muy poco caudal, la pandilla le había otorgado una categoría de mayor calibre, con nombre propio. Lo habían bautizado con el nombre de “río dos sapos”. Ese hilo de agua venía de un manantial de por allí cerca, de algún lugar de los campos de Ramírez, próximo a las ruinas de “la Casa Quemada” y circulaba hacia la

calle de Los Campos de San José, la siguiente después de la Calle Nueva de Abajo, detrás de la Rapa da Folla. Los Campos de San José, con ese nombre rimbombante que ostentaba era nada más que una calle de tierra sin veredas, poblada de casas humildes, algunas en su mayor parte de madera, con huertas a los fondos, donde vivía Pascual, tío abuelo de Alfonso, hermano de Mamá Sofía.

El sábado la venta había sido muy pobre, tan solo juntaron doce reales. La meta para ese día era un duro, cinco pesetas, como mínimo, pero no alcanzaron el objetivo. Ramiro, uno de los más mayores y decididos del grupo, al cual los demás le asignaban cierto grado de jerarquía, lo guardó todo en su casa, bebidas, dinero, todo. Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana estaban casi todos allí, en el puente de madera del regato, Aurelio, Moncho, Angelito, Eufrasio, Germelino, Tomás, Hans, Ramiro, Félix y Alfonso. Ese domingo sí, desde temprano empezaron a vender muy bien y las bebidas se fueron terminando, así que algunos volvieron a su casa a por más. Los grandes del barrio, poco a poco se iban acercando, más bien por curiosidad y se reían de los pequeños taberneros, les hacían bromas bastante pesadas, pero también gastaban dinero que era lo único que les interesaba a los decididos comerciantes, algunos aún de pantalones cortos.

“¡A ver, chaval!... ¡Pon ahí un vaso de vino de esos!... Pero no seas tacaño ¿eh?... ¡Llévalo bien hasta arriba!... ¡Ah!... ¡Y que sea del bueno!... ¿eh?... ¡Si no, no te pago nada!... ¡Ja, ja, ja!”

Casi todos se tomaban varios vasos, sobre todo de vino común y de aguardiente. Algunos de la pandilla decían que si no juntaban todo lo que les hacía falta, tendrían que hacer una rifa, pero, ¿rifar qué? Otros decían que sería mejor salir a pedir por el barrio, pero pedir para la pelota, no como limosna. A algunos se

les subían los colores de solo pensar que tendrían que salir a pedir por ahí, a los conocidos, claro, pero definitivamente a pedir.

La venta del domingo fue tan buena que cuando contaron todo el dinero solo les faltaban poco más de ocho pesetas. Alfonso ya no quería salir a pedir más, así que les dijo a los demás que hablaría con su abuela a ver qué pasaba. Otros hablarían en su casa también. Así fue que quedaron en juntarse al día siguiente, después de salir de la escuela, en la casa de Ramiro, en la Rapa da Folla, al lado de la fábrica de helados de los valencianos. Al otro lado de su casa tenía "la casa de las chicas" como le decían los mayores. Ramiro les contaba a sus amigos que cuando las "chicas" se ponían al sol en la huerta, por entre los arbustos transparentes, a veces les miraba las piernas.

"Cuando queráis ver las piernas de las "chicas", desde los fondos de mi casa las podemos mirar por entre los arbustos... ¡Sin que se den cuenta!"

Casi todos los días, Ramiro se ganaba uno o dos reales que le daban las chicas por los recados que él les hacía. Por eso, a veces andaba con alguna moneda en los bolsillos. Pero solo a veces ya que, debido a la ausencia de su padre en su casa, como en muchas otras, escaseaba el dinero.

Ese lunes de primavera, por la tarde, después de salir de clase, se juntaron varios en la casa de Ramiro, y después de un rato de jugar al parchís y hablar de los planes para la compra de la pelota, Ramiro los llevó a la casa de los valencianos, los fabricantes de los helados que se vendían en los carritos de la Puerta Fajera y la Alameda. Les llamaban los valencianos pero en realidad eran de Alicante. Tenían allá fábrica de turrónes y antes de que comenzara la temporada de verano se venían hacia Santiago a fabricar y vender helados. Apreciaban mucho a Ramiro porque también a

ellos les hacía los recados sin cobrarles nada, pero ellos siempre le daban alguna buena propina y además lo invitaban a helados. Esa tarde fue una fiesta para la pandilla porque los valencianos precisamente estaban comenzando la elaboración de helados y como Ramiro andaba por allí con sus amigos, los invitaron a pasar y les dieron a probar a todos un poco de cada uno de los gustos que estaban preparando.

El jueves por la tarde, después del acontecimiento de la venta de bebidas, Alfonso fue a la plaza de abastos de San Fiz de Solovio a esperar a su abuela, al final de su jornada diaria de vendedora de pescado, como lo hacía siempre que le era posible. Mientras caminaban al compás de su paso cansino hacia la casa de ella, en Tras del Pilar, le habló del proyecto de la pelota. Mamá Sofía siempre estaba atenta a cualquier necesidad de su nieto preferido, por otra parte ella o su hermano Pascual eran casi las únicas personas a las que Alfonso podía recurrir para pedirles alguna moneda.

—Oye, abuela... los chavales de mi pandilla tenemos que comprar una pelota y estamos juntando, pero aún nos faltan algunos cuartos.

—¿¡Eh!?... ¿Una pelota?... Daquela canto che fai falta, meu filliño... ¿Entonces, cuánto te hace falta m'hijito?

Mamá Sofía, cuando hablaba con su nieto, lo hacía en gallego a veces, pero a él le recomendaba que no la imitara porque... “no estaba bien visto que los chavales de la ciudad hablaran en ese idioma.”

—No sé, abuela... Si ves que puedes darme una peseta o algo así, pues ya estaría bien, porque los otros chavales también van a pedir algo a sus abuelos o a sus tíos.

—A ver logo... que teño aquí... déixame ver no peto de reserva do mandil a ver qué calderilla hai... Ala, ahí tés!... Conta a ver canto temos aquí... Anda! A ver, entonces... que tengo aquí... déjame ver en el bolsillo de reserva

del delantal a ver qué monedas hay... ¡Hala!... ¡ahí tienes!... Cuenta a ver cuánto tenemos aquí... ¡Anda!

—¡Caray abuela!... ¡son nueve reales!

El sábado por la tarde, después de hacer el recuento final del dinero en la casa de Ramiro, se fueron todos corriendo al bazar de la calle del Preguntoiro con cuarenta y cuatro pesetas, le dijeron al dueño que les faltaban dos pesetas, que les diera la pelota y que cuando juntasen lo que faltaba se lo llevarían. Don Leopoldo, que no sabía nada de la hazaña de los chavales, los vio tan excitados que les propuso venderles una pelota más pequeña, así le sobrarían cuartos para guardar y además sería mejor, pues no le deberían nada.

—¡No!... ¡No!... ¡Queremos la pelota grande! —dijo muy decidido Ramiro.

El entusiasmo los desbordaba. Por fin, en cuanto don Leopoldo asintió y tuvieron la pelota en sus manos, no sabían qué hacer primero, todos la querían probar, pero en el bazar no se podía nada más que botarla un poco y en la calle menos aún, así que decidieron ir corriendo a probarla al campito de Ramírez. Le dijeron a don Leopoldo que le pagarían muy pronto las dos pesetas que faltaban, pero él, soltando una risa y palmeándoles la cabeza a algunos de los muchachos, les dijo:

—¡Podéis ir a jugar tranquilos, chavales!... ¡A mí, no me debéis nada!

El campito de fútbol de las fincas de Ramírez, al otro lado del regato, cuesta arriba, era una leira abandonada, en una esquina frente al colegio Peleteiro y a "la Casa Quemada". Debían tener mucho cuidado al jugar allí pues si la pelota se iba hacia la casa quemada la podían perder. Se trataba de los restos de una casa grande abandonada, con una especie de pozo que habría sido un sótano. Todo estaba cubierto de maleza de todo tipo. Nadie se aventuraba a bajar a ese pozo por temor a encontrarse con lagartos u otros animales

que podían ser dañinos. Además, algunos contaban historias de miedo referentes a la Casa Quemada... “¡Por la noche se juntan ahí en el foso los espíritus de la Santa Compañía! —la Santa Compañía de las almas en pena—. ¡Y al que atrapan se lo llevan para “el más allá!” Así que, fuera cierto o no, por precaución, todos se mantenían alejados de esas ruinas.

Ahora que tenían la pelota se sentían tan importantes como si fuesen mayores, pero a su vez sentían la responsabilidad de tenerla y cuidarla, ya que no era una pelota cualquiera. Ramiro les comentó a los demás sobre la necesidad de tener un escondite apropiado para cuando se vieran en apuros en el caso de que los guardias los persiguieran si los descubrían jugando en la calle. También les preocupaba que se la pudieran robar los gamberros que a veces pasaban por la Acera Ancha, una de las calles donde se reunían.

Así pues, la posesión de una buena pelota como la que tenían pasó a ser motivo de preocupación y no todo habría de ser bonanza para los chavales. La hazaña de la pelota les causaría algún que otro percance. El primero que tuvo Alfonso fue con su madre cuando ella se enteró que se había gastado todo el dinero que había juntado en el peto, pero la bronca fue mucho más grande cuando le tuvo que confesar que el dinero invertido había sido algo más de dos pesetas... “¿Cuánto?... ¡Pero eso es mucho dinero!... ¡Ay Dios mío... y con la falta que nos hace!...” En realidad había sido bastante más, contando con lo que le había dado su abuela. Su mamá nunca supo cuánto dinero exactamente había juntado ni cuánto le dio la abuela, eso fue un secreto compartido con Pantera, su gato gris, el pequeño tigre a rayas, con el cual solía “conversar” de vez en cuando, y claro, como siempre estaba a su lado, él era el único que observaba dónde escondía el peto y “sabía” todo lo que su amo hacía.